

los enemigos lo observase, como que tampoco lo esperaban, en aquella misma noche se eclipsó la luna: cosa de gran terror para Nicias, y para todos aquellos que por ignorancia y superstición se asustan con tales acontecimientos: porque en cuanto á oscurecerse el sol hácia el día trigésimo, ya casi todos saben que aquel oscurecimiento lo causa la luna; pero en cuanto á esta, que es lo que se le opondrá, y como hallándose en su lleno de repente pierde su luz y cambia diferentes colores, esto no era fácil de comprender; sino que lo tenían por cosa muy extraordinaria y por anuncio que hacía la Diosa de grandes calamidades: pues el primero que con mas seguridad y confianza había puesto por escrito sus ideas acerca del creciente y menguante de la luna había sido Anaxagoras; y este no era antiguo, ni su escrito tenía celebridad; sino que no se había divulgado, y solo corría entre pocos con reserva y cautela. Porque todavía no eran bien recibidos los físicos y los llamados especuladores de los meteoros, achacándoseles que las cosas divinas las atribuían á causas destituidas de razón, á potencias incomprensibles, y á fuerzas que no pueden resistirse. Así es que Protagoras fue desterrado; Anaxagoras fue puesto en prisión, de la que le costó mucho á Pericles sacarle salvo; y Sócrates, que no se metió en ninguna de estas cosas, sin embargo pereció por la filosofía. Ya mas adelante resplandeció la fama de Platon; y tanto con su conducta, como con haber subordinado las fuerzas físicas á principios divinos y superiores, desvaneció las calumnias que corrían contra estos estudios, y les abrió á todos camino para la instrucción. Así su amigo Dion, aunque en el mismo punto en que estaba para dar la vela desde Zacinto contra Dionisio, sobrevino un eclipse de luna, no por eso se inquietó, ni dejó de partir, y apoderándose de Siracusa, expulsió al Tirano. Hizo además la casualidad que Ni-

cias no tuviese á su lado un adivino diestro; porque Estilbides, su gran confidente, y que procuraba desimpresionarle de la superstición, había muerto poco antes. Y en verdad que aquella señal, como observaba Filocoro, para los que querían huir no era adversa, sino muy favorable: porque las cosas que se hacen por miedo necesitan de reserva, y la luz les es contraria; y fuera de esto así en los eclipses de sol como en los de luna se estaba en observación por tres días, como en sus comentarios lo expuso Anticlides; y Nicias les persuadió que esperaran otro período de luna, como sino la hubiera visto al punto clara y limpia de manchas luego que salió de la oscuridad con que la tierra impedía su luz.

Olvidado casi de todo lo demás, se ocupaba en hacer sacrificios, hasta que vinieron sobre ellos los enemigos, sitiando con sus tropas de tierra la muralla y el campamento, y cercando enrededor el puerto con sus naves; y no solo ellos, sino hasta los muchachos, conducidos en barquichuelos y en lanchas, provocaban é insultaban á los Atenienses. Uno de estos, hijo de padres distinguidos, llamado Heraclides, que se había adelantado con su barquichuelo, fue cogido por una nave Atica, que salió en su persecución; y como temiese por él Polico su tío, corrió para librarle con diez galeras que mandaba; y los demás, temiendo por Polico, movieron igualmente. Trábose una reñida batalla, en la que vencieron los Siracusanos con muerte de Eurumedonte y otros muchos. No pudieron ya aguantar mas los Atenienses, y empezaron á gritar contra los Generales, clamando porque dispusieran la retirada por tierra; pues por otra parte los Siracusanos, luego que hubieron alcanzado la victoria, custodiaron y cerraron la salida del puerto. Rehusaba Nicias venir en semejante resolución, porque le parecía cosa terrible abandonar un grandísimo número de transportes y



muy pocas menos de doscientas galeras: embarcando pues lo mas escogido de la infantería y los mas robustos entre los tiradores, ocupó con ellos ciento y diez galeras; porque las restantes estaban desprovistas de remos. La demas tropa la situó á la orilla del mar, abandonando el gran campamento y la muralla que remataba en el templo de Hércules: de manera que no habiendo ofrecido los Siracusanos al Dios tiempo habia los acostumbrados sacrificios, entonces saltando en tierra cumplieron con este acto religioso los sacerdotes y los generales.

Cuando ya estaban listas las naves anunciaron los agoreros á los Siracusanos que las víctimas les prometian prosperidad y victoria, sino eran los primeros á empezar el combate, y solamente se defendian; pues Hércules alcanzó todas sus victorias, poniéndose en defensa cuando se veia amenazado; y con esto movieron del puerto. En este combate naval, uno de los mas empeñados y terribles, y que no causó menores inquietudes y agitaciones en los espectadores que en los combatientes, por la vista de un encuentro que en breve tuvo muchas y muy inesperadas mudanzas, no vino menos daño á los Atenienses de su estado y disposicion que de mano de los enemigos. Porque peleaban con naves estrechamente unidas y cargadas, contra otras que estando vacías y ligeras, con facilidad discurrían por todas partes; siendo ademas ofendidos con piedras, que donde quiera que cayesen hacían gran daño, cuando ellos no lanzaban sino dardos y saetas, que con el oleage no tenían golpe seguro, ni siempre podían herir de punta. Esta fue leccion que dió á los Siracusanos Ariston, el piloto de Corinto, el cual habiendo peleado alentadamente en aquel combate, murió en él cuando ya habian vencido los Siracusanos. Habiendo sido grande la ruina y destrozo de los Atenienses, se les cortó toda esperanza de poder huir por mar; y

como viesén tambien muy difícil el poderse salvar por tierra, ni estorbaron á los enemigos que remolcasen sus naves, no obstante estarlo presenciando, ni pidieron que se les permitiera recoger los muertos: teniendo todavia por mas triste y miserable el abandono que se veían precisados á hacer de los enfermos y heridos; y considerándose á sí mismos en un estado aun mas lastimoso, porque habian de llegar al mismo fin por entre mayores males.

Intentaban evadirse aquella noche; y Gilipo, viendo á los Siracusanos entregados á sacrificios y banquetes en celebridad de la victoria y de la fiesta, desconfió de poder moverlos, ni con persuaciones ni con esfuerzo alguno, á que persiguieran á los enemigos, que no dudaba iban á retirarse; pero Herocrates por movimiento propio excogió contra Nicias un engaño, enviando algunos de sus amigos que le dijesen venir de parte de aquellos mismos que antes acostumbraban hablarle reservadamente, siendo su objeto avisarle que no marchara aquella noche, porque los Siracusanos les tenían armadas celadas, y les habian tomado los pasos. Burlado Nicias con este engaño, padeció despues con verdad de parte de los enemigos lo que entonces falsamente se le hizo temer: porque saliendo á la mañana siguiente al amanecer, ocuparon las gargantas de los caminos, levantaron cercas delante de los vados de los rios, cortaron los puentes, y en el terreno llano y sin tropiezos situaron la caballería, para que por ninguna parte pudieran pasar los Atenienses sin tener un combate. Aguardaron estos todo aquel dia hasta la noche, en la que se pusieron en marcha, no sin grande afficcion y suspiros, como si salieran de su patria y no de tierra enemiga, sintiendo la estrechez y miseria en que se veían, y el abandono de los amigos y deudos; y sin embargo estos males les parecían mas ligeros que los que les aguardaban. Pues con



todo de causar lástima el desconuelo que reinaba en el campamento, ningún espectáculo era mas triste y miserable que el ver á Nicias, debilitado por sus males, y reducido en medio de su dignidad á lo mas preciso, sin poder usar de los alivios que por el mal estado de su salud le eran mas necesarios; y que con todo hacia y toleraba en aquella situacion lo que no sufrían muchos de los que se hallaban sanos: echándose bien de ver que no por sí mismo, ni por apego á la vida aguantaba aquellas penalidades, sino que era el amor á sus conciudadanos el que le hacia no dar por perdida toda esperanza. Asi cuando los demas prorumpian en lágrimas y sollozos por el miedo y el dolor, si alguna vez se veia forzado á dar por el mismo término muestras de su afliccion, se advertia que era á causa de comparar la afrenta é ignominia de su ejército con la grandeza y gloria de los triunfos que habian esperado conseguir. Aun sin tenerle á la vista, con solo recordar sus discursos y las exhortaciones que habia hecho para impedir la expedicion, se les ofrecia que muy sin causa sufría aquellas calamidades; tanto que hasta su esperanza en los dioses llegó á debilitarse en gran manera, al considerar que un hombre tan piadoso y en las cosas de la religion tan puntual y magnífico, no era mejor tratado de la fortuna que los mas perversos y ruines del Ejército.

Esforzábase Nicias á mostrarse en la voz, en el semblante, y en el modo de saludar superior á tanta desgracia; y en los ocho dias de marcha, acometido y herido por los enemigos, conservó invencibles las fuerzas que tenia consigo, hasta que quedó cautivo Demóstenes con su division junto á la quinta llamada Policle, peleando y siendo cercado de los enemigos. Desenvainó entonces Demóstenes su espada, y se hirió á sí mismo, aunque no acabó de quitarse la vida, porque se arrojaron sobre él los enemigos, y le echaron mano.

Adelantáronse unos cuantos Siracusanos á enterar á Nicias del suceso; y habiendo mandado algunos de los suyos de á caballo, cuando se cercioró de la pérdida de aquellos, manifestó deseo de tratar con Gilipo para que dejaran partir á los Atenenses de la Sicilia, recibiendo rehenes sobre que serian indemnizados los Siracusanos de todos los gastos que hubiesen hecho en aquella guerra; mas ellos no le dieron oidos, sino que tratándole con vilipendio, y haciéndole amenazas é insultos, le lanzaron tiros, no obstante que le veian reducido al último extremo de miseria. Con todo aun aguantó aquella noche, y al dia siguiente continuó su marcha, acosado por los enemigos hasta el rio Asinaro. Allí estos alcanzaron á algunos, y los arrojaron á la corriente; otros habian llegado antes, y compelidos de la sed se habian echado de bruces á beber; y fue grande el estrago y crueldad contra los que á un mismo tiempo bebían y recibían la muerte: hasta que Nicias, echándose á los pies de Gilipo le hizo este ruego: »Hallen »compasion, ó Gilipo, en vosotros los vencedores, »no yo, que de nadie la deseo, debiendo bastarme »el nombre y la gloria que me dan tamañas desgracias, sino los demas Atenenses, haciéndoos cargo »de que son comunes los infortunios de la guerra, »y que en ellos se hubieron con vosotros benignamente los Atenenses, cuando les fue favorable la »fortuna." Al próferir Nicias estas palabras, con ellas y con su vista no dejó de conmoverse Gilipo; pues sabia que los Lacedemonios habian sido de él favorecidos en el último tratado; y ademas echaba cuenta de que importaria mucho para su gloria el conducir prisioneros á los dos generales enemigos. Por tanto tomando de la mano á Nicias, procuró alentarle, y dió orden para que á los demas los hiciesen prisioneros; pero habiéndose tardado algo en hacer correr esta orden, fueron menos que los muertos los



que se salvaron; de los cuales los soldados sustrajeron y robaron muchos. Reunido que hubieron todos los prisioneros que se manifestaron, suspendieron de los mas altos y hermosos arboles de la orilla del rio las armas ocupadas á los enemigos; pusieron coronas sobre sus sienes; y enjaezando vistosamente sus caballos, y cortando las clines á los de los enemigos, se dirigieron á la ciudad despues de haber terminado la mas celebrada contienda que griegos contra griegos tuvieron jamas; y de haber alcanzado la victoria mas completa con grande poder y teson, y con las mayores muestras de resolucion y de virtud.

Celebróse junta general de los Siracusanos y los aliados, en la que el orador Eurucles propuso primero que el día en que habian hecho prisionero á Nicias seria sagrado y dedicado á hacer sacrificios, absteniéndose de todo trabajo; que esta festividad se llamaria Asinaria del nombre del rio: el día fue el veinte y siete del mes Carneio, al que los Atenienses dicen Metagitnion; que los esclavos de los Atenienses serian vendidos, y tambien sus aliados; pero los Atenienses mismos y los de la Sicilia hallados con ellos serian puestos en custodia, destinándolos á los trabajos de las minas, á excepcion de los generales; y que á estos se les daría muerte. Habiendo aplaudido los Siracusanos esta propuesta, quiso Hermócrates hacerles entender, que mas glorioso que el vencer es saber usar con moderación de la victoria; pero se vió sumamente expuesto; y como Gilipo hubiese pedido que se le entregasen los generales de los Atenienses para conducirlos á Esparta, ensoberbecidos los Siracusanos con la prosperidad, le respondieron desabridamente; y sin esto fuera de la guerra llevaban muy mal su aspereza y su modo de mandar verdaderamente Lacónico; y segun dice Timeo, repugnaban y condenaban su mezquindad y su avaricia: enfermedad heredada, por la que su padre Clean-

drides en causa de soborno fue desterrado; y él mismo, habiendo sustraído treinta talentos de los que Lisandro envió á Esparta, y escondíolos en el tejado de su casa, como hubiese sido denunciado, tuvo que huir con la mayor vergüenza; pero de esto hemos hablado con mas detencion en la vida de Lisandro. Timeo no dice que Demóstenes y Nicias hubiesen muerto apedreados como lo escriben Filisto y Tucídides, sino que habiéndoles avisado Hermócrates cuando todavía duraba la junta por medio de uno de la guardia que allí se hallaba, ellos mismos se quitaron la vida; y que los cadáveres se expusieron públicamente á la puerta, para que pudieran verlos cuantos quisiesen. Se me ha informado que todavía se muestra en Siracusa un escudo fijado en el templo, que se dice haber sido el de Nicias, y cuya cubierta es un tejido de oro y púrpura primorosamente entremezclados.

De los Atenienses los mas fallecieron en las minas de enfermedad y de mal alimentados; porque no se les daba por día mas que dos cotilas<sup>1</sup> de cebada y una de agua. No pocos fueron vencidos, ó porque habian sido de los robados, ó porque no se les tuvo por ciudadanos Atenienses; sino que pasaron por esclavos, y como tales los vendian imprimiéndoles en la frente un caballo: teniendo que sufrir esta miseria mas sobre la esclavitud. Fueron para estos de gran socorro su vergüenza y su educacion, porque ó alcanzaron luego la libertad, ó permanecieron siendo tratados con distincion en casa de sus amos. Debieron otros su salud á Eurípides; porque eran los Sicilianos, segun parece, entre los Griegos de afuera los que mas gustaban de su poesía; y aprendian de memoria las muestras, y digámoslo así, los bo-

<sup>1</sup> La cotila griega hacia medio cuartillo y onza y media de la medida de líquidos de Castilla.



cados que les traian los que arribaban de todas partes, comunicándose los unos á otros. Dicese pues que de los que por fin pudieron volver salvos á sus casas muchos visitaron con el mayor reconocimiento á Eurípides; y le manifestaron, unos que hallándose esclavos habian conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesías, que tenian de memoria; y otros que dispersos y errantes despues de la batalla habian ganado el alimento cantando sus versos; lo que no es de admirar, cuando se refiere que refugiado á uno de aquellos puertos un barco de la ciudad de Cauno perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que le hacian salir; y que despues preguntando á los marineros si sabian los coros de Eurípides, y respondiendo ellos que sí, con solo esto cedieron y les dieron puerto.

La noticia de aquella desgracia se dice haberseles hecho increíble á los Atenienses, por la persona y el modo en que fue anunciada: pues á lo que parece arribó un forastero al Pireo, y entrando en la tienda de un barbero, comenzó á hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debia saberse en Atenas. Oido que fue por el barbero, subió corriendo á la ciudad, antes que ninguno otro pudiera tener conocimiento; y dirigiéndose á los Arcontes, al punto les dió en la misma plaza parte de lo que le habian contado. Siguióse la consternacion é inquietud que era natural; y convocando los Arcontes á junta, le hicieron presentarse en ella; y como preguntado por quién lo sabia, no hubiese podido decir cosa que satisficiera, teniéndole por un forjador de embustes, que trataba de afligir la ciudad, le ataron á una rueda, en la que fue atormentado por largo tiempo, hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como habia pasado. ¡Tanto fue lo que les costó creer que á Nicias le habian sobrevenido los infortunios que tantas veces les habia pronosticado!

Marco Craso, cuyo padre habia sido Censor, y habia merecido los honores del triunfo, se crió sin embargo en una casita reducida con otros dos hermanos. Estaban estos casados cuando vivian aun los padres, y todos comian á una misma mesa; lo que parece pudo contribuir no poco á que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los hermanos, tomó en matrimonio á su muger, y de ella tuvo hijos; habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que mas de los Romanos; y con todo cuando ya se hallaba adelantado en edad fue acusado de haber tratado inhonestamente con Licinia, una de las vírgenes Vestales. Licinia fue absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenia esta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio; para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia; y de aqui tuvo origen la indicada sospecha; la que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido tambien absuelto por los jueces; pero de la intimidad con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesion.

Dicen los Romanos que á las muchas virtudes de Craso solo un vicio hacia sombra, que era la codicia; pero á lo que parece no era solo, sino que siendo muy dominante, hacia que no apareciesen los demas. Las pruebas mas evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico, y lo excesivo de su caudal; porque no teniendo al principio sobre trescientos talentos, despues cuando ya fue admitido al gobierno ofreció á Hércules la décima, dió banquetes al pueblo, y á cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y sin embargo habiendo hecho para su conocimiento el avance de su hacienda antes de partir á la expedicion con-